

---

# La movilización ciudadana en España en los albores del siglo XXI: una contextualización para el debate

*Spanish Citizens' Mobilization in the Early 20<sup>th</sup> Century: A Framework for the Debate*

*Pablo Oñate*

Universidad Carlos III de Madrid

pablo.onate@uc3m.es

*"The axial principle of the modern polity is participation."*  
Daniel Bell, *The Coming of Post-Industrial Society*, 1973

## **Resumen**

En este artículo se analiza el marco teórico para el estudio de la movilización política que afloró en España a partir del 15 de marzo de 2011, tratando de dilucidar si se trata de un fenómeno nuevo o si responde a factores que vienen gestándose desde hace tiempo y que no pueden ser abarcados con una perspectiva estrictamente coyuntural (acaso acuciada por la crisis económica). Más que una aproximación empírica a esa movilización, se diseccionan algunos enfoques para perfilar sinérgica e integralmente el estado del arte para el estudio de la participación política, desde el que se puedan precisar factores más profundos —sistémicos— de carácter más duradero. Se repasan las transformaciones operadas en los sistemas políticos en las últimas décadas y las consecuencias que han podido tener para la propia democracia, la percepción que de su funcionamiento —y de sus promesas incumplidas— tiene la ciudadanía, así como para la participación ciudadana en el marco de la nueva política o el nuevo paradigma político. La conclusión es que los cambios estructurales apuntan a perdurables transformaciones en los sistemas políticos y la ciudadanía y sus formas de participación política. En ese nuevo paradigma se incardinan las movilizaciones que, en el contexto de una grave crisis económica, vuelven sobre temas y conflictos que parecían superados, si bien con nuevas perspectivas y formas de acción. En definitiva, se trata de movilizaciones de carácter democrático —que no pueden ser calificadas de antisistema— y que no se orientan si no a mejorar la calidad del funcionamiento de los propios sistemas democráticos.

*Palabras clave: movilización colectiva, participación política, movilización 15-M, democracia real ya (DRY), Movimiento Indignados, nueva política.*

### Abstract

The aim of this article is to analyze the theoretical framework for the study of political mobilizations that arose in Spain in March 2011. The aim is to find out whether these mobilizations are based in short-term factors or in structural long-term ones. More than an empirical analysis of these mobilizations, the aim is to study the state of the art of the framework for the study of political participation, to analyze whether these mobilizations are a temporary phenomenon (eventually enhanced by the economic crisis) or they are structural-based and, therefore, will have more long-lasting effects. We will go over the transformations that political systems have gone through in the last decades and the consequences they may have had for democracy, citizenship and political participation (and the way citizens evaluate the former and its broken promises). We conclude these structural changes point to a new political paradigm in which political participation has to be analyzed under a new scope. Under this new paradigm, political protest is not addressed to overthrow the democratic system, but to improving its functioning and to reach the ideals it assumed and which (apparently) fosters.

*Keywords: collective mobilization, political participation, 15-M mobilization, Real Democracy Now (DRY), Indignados movement, angry citizens, new politics.*

## ¿LA ECLOSIÓN DE LA MOVILIZACIÓN CRÍTICA (INDIGNADA) EN ESPAÑA?<sup>1</sup>

Con ocasión de la campaña electoral de las elecciones municipales y autonómicas de 2011 afloraron unas movilizaciones en diversas ciudades españolas que adquirieron de inmediato singular notoriedad. Se trató de un fenómeno que llamó la atención por su espontaneidad, su capacidad de convocatoria, su impacto mediático, el amplio apoyo que suscitó y la oportunidad que sus convocantes supieron aprovechar (la antesala de unas elecciones autonómicas y municipales). Las manifestaciones del “15-M”, base de la movilización de los indignados (MI) o de “Democracia Real Ya” (DRY), parecieron conseguir despertar a la sociedad de un aparente letargo, apatía o desafección políticas, expandiendo de forma inusitada su mensaje acerca de la insuficiencia de la democracia realmente existente en torno al lema —verdadero *marco*— “democracia real ya”<sup>2</sup>.

Inicialmente, el movimiento se instaló, desde la coexistencia ideológica y programática (Taibo, 2011: 60 ss.), en la difusa dimensión de la negatividad<sup>3</sup>, propiciando la colaboración de diferentes organizaciones y redes, así como la consecución de adhesiones colectivas e

- 
1. Agradezco las aportaciones de los dos evaluadores anónimos de la RECP, cuyos comentarios han coadyuvado a la mejora de este texto.
  2. Vallespín, F., “Hacia un nuevo contrato social”, *El País*, 21 de junio de 2011; también, Vallespín (2011). Sobre el escasamente estudiado vínculo entre movimientos sociales y procesos electorales, y —en lo que aquí nos interesa— el papel de las elecciones como catalizador de la actividad de los movimientos sociales, ver McAdam y Tarrow (2011: 163 ss.). Jiménez (2011: 40 ss. y 54 ss.) ha estudiado el vínculo entre el perfil de los manifestantes y lo que él denomina “ciclo electoral” —que define por el partido que está en el Gobierno y cuáles le apoyan o se ubican claramente en la oposición (a sus políticas)—. Taibo (2011: 29) considera que la convocatoria del 15-M en mitad de la campaña electoral fue un acierto del “talento táctico de l@s convocantes” para que “los mensajes disonantes de las movilizaciones supusieran un aldabonazo en el magma de la tediosa y vacía campaña electoral de partidos y políticos”.
  3. Wert, J. I., “Descifrando la indignación”, *El País*, 30 de junio de 2011. También, Casquete, J., “Indignación y política de influencia”, *El País*, 18 de agosto de 2011.

individuales, y evitando —por otra parte— divisiones en su seno (práctica propia de ese tipo de movilizaciones en otros países: della Porta y Diani, 2011: 44 ss., 125 ss., 155 ss. y 204 ss.; Offe, 1988: 225). Más allá del cuestionamiento general de lo existente, la movilización consiguió *tematizar* e introducir en la agenda pública el debate sobre un buen número de cuestiones relativas a un amplio conjunto de asuntos políticos, económicos y sociales<sup>4</sup>. Esos debates tardaron en generar documentos programáticos concretos, que acabaron viendo la luz con posterioridad, una vez abandonada la ocupación de las plazas, cuando sus comisiones y asambleas sectoriales y de pueblos y barrios habían debatido y elaborado propuestas de muy diversa índole, orientadas —con carácter general— a la mejora de nuestro sistema democrático, económico y social<sup>5</sup>.

La movilización suscitó de inmediato las simpatías y el apoyo de una gran mayoría de la población española: según el Barómetro del CIS del mes de junio de 2011, el 70 por ciento de los españoles valoraba positivamente los acontecimientos protagonizados por este movimiento (solo un 12,7 por ciento lo hacía en términos negativos). Y ese nivel de apoyo se registraba, con carácter general, en todos los grupos de edad, no solo entre los más jóvenes<sup>6</sup>. No obstante, quizá parte de este apoyo quede matizado si consideramos que esa misma encuesta registraba que el 55 por ciento de esos ciudadanos entrevistados decía tener poco o nada de interés por la política (el doble de quienes decían tener mucho o bastante)<sup>7</sup> y solo el 50 por ciento manifestaba haber seguido con mucho o bastante interés las noticias sobre esa movilización (el 48,7 por ciento manifestaba haberlo hecho con poco o nada de interés). Adicionalmente, solo el 22 por ciento de los ciudadanos entrevistados en esa encuesta afirmaba sentirse poco o nada satisfecho con el funcionamiento de la democracia española.

Es posible que parte de ese apoyo pudiera explicarse —como afirmaba Wert (ibidem)— porque los indignados ganaron la batalla decisiva de “imponer un marco (*frame*) en el terreno que más les favorece”, al convertir la indignación en su razón de ser, poner el acento en lo que no son, subrayar lo que no quieren y apostar por el método de la “protesta pacífica”<sup>8</sup>. Además, al margen de los *heterogéneos* llamamientos de los convocantes, hay

- 
4. Taibo (2011: 60 ss.) constataba esa convivencia programática e ideológica, en aras de “mantener un proyecto razonablemente unificador [...] tratando de procurar puntos de confluencia entre luchas muy distintas y otorgar a estas un marco común”. Desde el punto de vista programático, distinguió tres “horizontes mentales” entre los participantes: los que apuntaban a reformas del sistema político democrático en sentido estricto (sistema electoral, lucha contra la corrupción, etc.); los que formulaban reivindicaciones de carácter económico y social frente a los excesos del neoliberalismo; y los que defendían la perspectiva de los movimientos sociales alternativos con discursos de contestación frontal del capitalismo y sus “instituciones”.
  5. Acerca de los argumentos y propuestas de la movilización, puede verse VV. AA. (2012); también Taibo (2012).
  6. En todo caso, la valoración positiva del movimiento era más extensa entre los ciudadanos con mayor nivel de estudios: el 56 por ciento entre los que no tenían estudios y el 70 y 75 por ciento de los que tenían estudios de educación secundaria y universitarios superiores, respectivamente. Ver el Estudio 2.905 del Banco de Datos del Centro de Investigaciones Sociológicas (Barómetro de junio de 2011).
  7. Ver Jiménez (2011: 37) sobre el incremento del número de participantes en manifestaciones de ciudadanos que se declaran no interesados en política. Una buena explicación es que se esté redefiniendo el ámbito de lo político, como veremos más adelante.
  8. Sobre el *framing*, entendido como el proceso de interpretación, atribución de significados y construcción social de identidad que media entre *oportunidad* y *acción*, motivando y catalizando esta, ver Snow (2004), así como las diversas aportaciones al respecto en McAdam, McCarthy y Zald (1996: 261 a 355). Sobre posibles razones de distinta raigambre que pudieron estar detrás del éxito de la movilización, ver Taibo (2011: 19 a 31), así como Taibo (2011-b).

que considerar que en un movimiento que alcanza esos niveles de apoyo, no todos los que participan o simpatizan con él lo hacen por los motivos de “la convocatoria”, sino por razones “que van más allá y que guardan relación con una insatisfacción más general con el Gobierno del momento” (Klandemans y Stekelenburg, 2011: 180 y 185), especialmente, dado el deterioro de las condiciones sociales por la crisis económica y la gestión de la misma por parte del Gobierno. En todo caso, esta movilización cuestionaba —si bien con un alto grado de indefinición— aspectos sustanciales del sistema político, apuntando sus potenciales deficiencias y mal funcionamiento, al tiempo que el recelo de la ciudadanía española respecto de la clase política y los partidos aumentaba rápidamente<sup>9</sup>.

Estas movilizaciones implicaron algunas novedades respecto de anteriores procesos de protesta política. Por un lado, la convocatoria a través de redes sociales, nuevas tecnologías (internet y móviles) y redes personales de amistades, y al margen de las organizaciones tradicionales. Además, las organizaciones convocantes eran pequeñas y carecían de una extensa experiencia movilizadora. Por otro lado, los manifestantes tenían menos experiencia en movilizaciones, menos actividad política previa y menos vínculos organizativos que los participantes de anteriores movilizaciones en España, como pusieron de manifiesto Anduiza, Cristancho y Sabucedo (2012: 23). Por último, como estos mismos autores señalaron, nunca se había registrado un número tan alto de participantes en una movilización en España al margen de las organizaciones políticas y económicas tradicionales. Estas características peculiares permiten calificar las movilizaciones de los indignados en España como diferentes a cualquier posible precedente.

No obstante, pese a que el éxito de la convocatoria alcanzara una extraordinaria notoriedad, tanto en España como en el extranjero, estas movilizaciones no surgían en una sociedad desmovilizada: España se caracteriza por registrar bajos niveles de participación ciudadana —más allá del voto—, excepto en lo que respecta a la conducida a través de las manifestaciones, recurso cuya utilización nos coloca a la cabeza de los países europeos (Torcal, Montero, Teorell, 2006: 52 ss.). El porcentaje de población participante en manifestaciones ha crecido progresivamente desde comienzos de la década de los años ochenta, pasando del 20 por ciento de entonces al 50 en 2010, según datos del Ministerio del Interior y del CIS analizados por Jiménez (2011: 19 ss.). Además, no solo había crecido el número de manifestaciones y manifestantes, sino que también se había *normalizado*<sup>10</sup> el perfil de estos, dadas la mayor heterogeneidad de sus protagonistas y temáticas (Jiménez, 2011: 25 ss. y 49 ss.): esa *normalización* se había dado primero con ocasión de las multitudinarias manifestaciones en contra del terrorismo que se celebran con éxito desde mitad

9. El porcentaje de ciudadanos que consideraba a la clase política y los partidos políticos uno de los tres principales problemas del país se había multiplicado casi por cuatro en tres años (alcanzando en junio de 2011 el 25 por ciento, frente al 6 por ciento que lo hacía en igual mes de 2008). Barómetros CIS de junio de 2008 y 2011. En los primeros meses de 2013 ese porcentaje llegó a superar el 30 por ciento.

10. Sobre la *normalización* de las manifestaciones y de los manifestantes, ver P. van Aelst & S. Walgrave, “Who is that (wo)man in the street? From the normalisation of protest to the normalisation of the protester”, *European Journal of Political Research*, 39, 4 (2000): 461-486; así como Norris, Walgrave y van Aelst (2005).

de los años noventa. Posteriormente, y en gran medida como consecuencia de esta experiencia de aprendizaje previa, en sendos ciclos de movilización de protesta de sectores de izquierda y de derecha, respectivamente, contra las políticas de los Gobiernos de Aznar (2000-04)<sup>11</sup> y de Rodríguez Zapatero (2004-08)<sup>12</sup> (ibídem: 14 ss. y 49 ss.).

La motivación de ese progresivo incremento debe buscarse en las consecuencias de las profundas transformaciones económicas, sociales y políticas de carácter estructural derivadas del proceso de modernización (posindustrialización) experimentado por la sociedad española (sobre las que volveremos más adelante), pero en parte también en las manifestaciones contra el terrorismo desde mitad de los años noventa (de motivación emocional, moral y, así, no ideológico o “político”), en los posteriores ciclos de movilización vinculados a la coyuntura política, así como en los cambios en las dinámicas de movilización (Jiménez, 2011: 29, 60 y 61).

Pero la movilización del 15-M o DRY generó una dinámica peculiar tanto en su convocatoria (organizaciones y medios), en sus participantes (poca experiencia previa en movilizaciones y de vínculos en organizaciones), o en el impacto mediático logrado y en los generales y heterogéneos niveles de apoyo conseguido, por mucho que anteriores movilizaciones agregaran a un mayor número de manifestantes<sup>13</sup>. Sin duda, pese a esas experiencias previas, la crítica situación económica del momento coadyuvó a que ese impacto social propiciara que se considerara como la evidencia de la generalización (para muchos ciudadanos, eclosión) de nuevas formas de hacer política en el marco de un nuevo paradigma mediático y comunicativo en una ciudadanía que, por fin, estaría despertando de su sopor cívico, articulando una “conciencia crítica cargada de lucidez y frescura [...] que ha emprendido ya su propio camino hacia nuevas formas de auto-organización [...] abriendo de nuevo una brecha entre la España oficial de las instituciones y la España real del nuevo activismo”<sup>14</sup>. No faltaron, incluso, quienes —con un siempre dispuesto afán taxonómico— bautizaron el fenómeno como la “*primavera española*” o la “*spanish revolution*”.

Así, cabe preguntarse si estas movilizaciones supusieron la auténtica eclosión de una nueva forma de hacer política, fruto de la crisis económica, o si hay factores que pueden explicarla que hunden sus raíces en procesos más profundos y complejos que no pueden ser aclarados solo con variables coyunturales. Considero que antes de dar por buena la interpretación que las considera una eclosión cuasi-revolucionaria (qué acaso podría predicarse de alguno de sus rasgos más novedosos) convendría contextualizar estas movilizaciones en el

11. Manifestaciones antiglobalización coincidiendo con la Presidencia española de la UE, contra la gestión del desastre del *Prestige*, la Ley de Universidades, la guerra de Irak, la reforma laboral, el Plan Hidrológico Nacional...

12. Manifestaciones contra las negociaciones con ETA, la reforma educativa, el matrimonio homosexual, la reforma de las leyes de divorcio y del aborto, la paralización del Plan Hidrológico Nacional o las relacionadas con la reforma de los Estatutos de Autonomía...

13. Norris, Walgrave y van Aelst (2005: 203) nos avisan del potencial error de categorización consistente en considerar a todas las manifestaciones como fenómenos equivalentes, subrayando la importancia de tener en cuenta las especificidades de cada una de ellas.

14. Vallespín, F., “La política del esperpento”, *El País*, 1 de marzo de 2013.

marco de las transformaciones estructurales y de las democracias contemporáneas, analizándolas desde los plurales enfoques con los que se han estudiado en las últimas décadas las movilizaciones político-sociales. En las siguientes páginas nuestro objetivo será proporcionar elementos de debate que permitan dilucidar si se trata de un fenómeno nuevo, que surgió inusitadamente con esas movilizaciones a partir del 15-M y que solo afecta a nuestra democracia o si puede incardinarse en una tendencia común que se viene registrando desde hace tiempo en otras democracias largamente establecidas para, en este caso, tratar de arrojar alguna luz acerca de los factores que podrían estar en su génesis, así como del alcance de sus potenciales efectos.

Para ello resultará conveniente, en primer lugar, considerar los principales enfoques desde los que cabe analizar la participación o movilización política<sup>15</sup>, entendiendo que se trata de perspectivas complementarias, que dan respuesta a diferentes interrogantes. La manera cabal de estudiar el objeto que nos ocupa consistiría en asumir un marco de análisis integral, que estudiara las distintas dimensiones sobre las que estos enfoques informan (Norris, 2003: 19 ss.; Della Porta y Diani, 2011: 25 ss. y 52-53).

El primero de estos enfoques —y en el que nos centraremos en los siguientes apartados— analiza cómo el *cambio estructural* derivado del proceso de modernización ha podido influir en el conflicto, la participación y los actores políticos. Las transformaciones experimentadas con el proceso de la posindustrialización habrían dado lugar a cambios culturales y políticos que han acabado afectando a los actores colectivos, a las propias pautas de la participación política, así como al surgimiento y desarrollo de los nuevos movimientos sociales.

El segundo, de la mano de la perspectiva interaccionista de la *teoría del comportamiento colectivo*, se centra en el papel que juegan en los conflictos políticos la producción simbólica e identitaria (e, incluso, las emociones) y, así, las representaciones culturales creadas por los movimientos sociales. Estas estrategias de los actores serían útiles para explicar la dinámica de *enmarcamiento* (*framing*) por la cual los sentimientos individuales (intereses, agravios, demandas, reivindicaciones sobre derechos o bienestar) dan lugar a movilizaciones colectivas<sup>16</sup>.

El enfoque de la *teoría de movilización de recursos* indaga acerca del papel de los factores organizativos —estrategias deliberadas de movilización— para transformar los recursos individuales y organizativos en el surgimiento y desarrollo de los movimientos sociales.

---

15. Acerca de la ampliación del ámbito de la participación política (de lo político) derivada de la expansión del Estado y de la actividad de grupos sociales, superando la vieja división binaria “público/privado”, hasta abarcar todo lo que no sea estrictamente privado, también la política no institucional y en el seno de la sociedad civil, ver Offe (1988: 174 y 181) y van Deth (2001: *passim*). La participación política, entendida como acción colectiva orientada a influir, directa o indirectamente, en la adopción de decisiones públicas —o semipúblicas—, se ha expandido tanto cuantitativa como cualitativamente, hasta abarcarlo prácticamente todo. Desde este punto de vista utilizaré indistintamente los términos participación o movilización política. Van Deth encontraría pocos argumentos para diferenciar las de carácter político y social.

16. Puede verse un buen resumen de los principales argumentos de esta perspectiva en Gusfield (1994), así como en las obras citadas en la nota 8.

Analiza cómo se estructura la movilización de recursos para gestionar hacia la acción colectiva los intereses, emociones, ideas, identidades, símbolos, organizaciones y redes formales y/o informales<sup>17</sup>.

Por último la *teoría del proceso político* se ha ocupado de analizar cómo el sistema político-institucional, en sentido lato (formal e informal) o *contexto político* específico (Kriesi, 2004: 69 ss.), moldea la estructura de oportunidades políticas, propiciando, facilitando o dificultando el desarrollo y la acción —en sus múltiples facetas— de los movimientos sociales. Esta perspectiva entiende que los movimientos sociales y el sistema político-institucional se constituyen recíprocamente, en una interacción dinámica (Tilly, 1978 y 2008; Kriesi, 2004). Dentro del paraguas de este enfoque, algunos análisis han llegado a colocar a los movilizadores (al movimiento) en el centro del análisis teórico y empírico, rompiendo los lazos con las aportaciones de los enfoques socioestructurales y con una aportación central para el enfoque de los procesos políticos: que “la contienda política está fuertemente determinada por toda una hueste de otros actores”, autoridades públicas, partidos, grupos de interés, medios de comunicación, grupos contramovimiento, público circundante, gobiernos extranjeros, otros movimientos y redes formales o informales, etc. (McAdam y Tarrow, 2011: 162).

El análisis del respectivo contexto político conforma la *estructura de oportunidades políticas* (abierta, cerrada...), la configuración de actores (aliados, adversarios o audiencia atenta no involucrada directamente) y los contextos de interacción y movilización de la contienda (Tilly, 2008). Este puede describirse en términos de demanda (motivada por identidad compartida ante agravios), oferta (conglomerado de organizaciones de movimiento y redes sociales que aportan la infraestructura —más o menos formalizada— sobre la que se construye la protesta) y movilización (para el consenso [*framing*] y para la acción o participación) (McAdam, McCarty y Zald, 1996; Klandemans, 2004; Klandemans y Stekelenburg, 2011). Desde este enfoque se entiende que “la motivación para participar en la acción colectiva es el resultado de las emociones y los agravios compartidos con un grupo con el cual se identifican los participantes individuales” (Klandemans y Stekelenburg, 2011: 195), y que en la motivación puede haber componentes instrumentales (para lograr algo), ideológicos (por la obligación moral de expresar su opinión) o identitarios (por la obligación social de sentirse parte de un grupo con el que uno se identifica) (Klandemans, 2004).

Estos plurales enfoques, con las matizaciones que con el tiempo han ido formulando sus propios defensores, constituyen el marco integral para el estudio de las movilizaciones de participación política. Unos pueden resultar más útiles para analizar las diferencias en las pautas de participación en el largo plazo, mientras que otros resultan idóneos para explicar las variaciones en esas mismas pautas en el corto plazo o las diferencias respecto de ellas entre sociedades con similar nivel de desarrollo. En todo caso, aportan información complementaria para una comprensión sinérgica y cabal del objeto que nos ocupa.

---

17. Ver, a modo de ejemplo de este enfoque, las contribuciones al respecto recogidas en McAdam, McCarthy y Zald (1997: 141-226), así como en Snow, Soule y Kriesi (2004).

En las siguientes páginas, sin dejar de lado los otros enfoques complementarios, y al calor del *revival* que está experimentando en los últimos años el enfoque estructural que parecía ya superado, y teniendo presente que la crisis económico-financiera ha vuelto a poner sobre la mesa conflictos “antiguos” junto con los “nuevos” (Della Porta y Diani, 2011: 15, 16 y 22), voy a plantear algunos de los rasgos y consecuencias más relevantes de las transformaciones sociales y políticas derivadas del proceso de modernización (posindustrialización) de hace unas décadas, y que debemos seguir teniendo presentes al contextualizar el análisis de las movilizaciones políticas contemporáneas para evitar caer en la tentación de descubrir Mediterráneos o de formular taxonomías *arriesgadas*.

### LAS TRANSFORMACIONES ESTRUCTURALES Y SU IMPACTO EN LAS SOCIEDADES, LOS SISTEMAS POLÍTICOS Y LA PARTICIPACIÓN

También en las sociedades occidentales de las décadas de 1960 y 1970 algo parecía estar cambiando en una línea similar a lo que aquí se analiza. En 1977 Ronald Inglehart publicaba su *Silent Revolution: Changing Values and Political Styles among Westerners*, en la que presentaba su hipótesis del *cambio cultural*, que puede sintetizarse de la siguiente manera (Inglehart, 1977: 3 ss.)<sup>18</sup>: desde los años cuarenta y cincuenta se vienen operando en las sociedades occidentales desarrolladas unas transformaciones estructurales que se manifiestan en un incremento económico sin precedentes, el paso de una economía (y una sociedad) industrial a una posindustrial (de servicios) con los consiguientes cambios en los mercados laborales, unos ingentes avances tecnológicos, un inusitado desarrollo y expansión de los medios de comunicación —con directas consecuencias en la comunicación política con la generalización de la expansión del acceso a la televisión (y hoy, Internet)—, un relevante incremento de la educación tanto de carácter cuantitativo como cualitativo, un aumento de la movilidad geográfica y funcional, así como una ausencia prolongada de experiencia vital en conflictos bélicos para la mayor parte de la población.

Esas transformaciones operadas progresivamente en el ámbito del sistema proyectaron consecuencias en los individuos en dos sentidos: por un lado, paulatinamente, a medida que la satisfacción de determinadas necesidades básicas estaban garantizadas para una parte creciente de la población, esta sustituía los valores materiales (relacionados con la seguridad y el bienestar material) por otros *posmateriales* más relacionados con el ámbito

---

18. Aunque utilizo la formulación de la referencia original de 1977, Inglehart confirmará posteriormente su esquema de análisis y conclusiones en obras sucesivas (1999, 2001 y, con Welzel, 2006), ampliando el número de sociedades analizadas. Ha matizado sus conclusiones, en el sentido de rechazar el determinismo cultural, el carácter necesariamente lineal de su teoría y que sea aplicable con iguales fases e intensidad a todas las sociedades. Igualmente, ha advertido que circunstancias propias de una sociedad o de una coyuntura pueden alterar las fases y consecuencias del proceso o su intensidad (o, incluso, revertirlo temporal o parcialmente debido a determinados acontecimientos o sucesos —como una severa crisis económica, por ejemplo—). Convendrá tener muy presentes estas matizaciones a la hora de analizar las movilizaciones ciudadanas en el contexto de la crisis económica que afloró en 2008.

de la *expresividad*: la calidad de vida, la autorrealización, la pertenencia, la autoestima, la identidad, la autonomía... Por otro lado, se incrementaba gradualmente la capacidad cognitiva y, así, la sofisticación política de la ciudadanía, en especial de aquellos (los más jóvenes) que se habían socializado en las nuevas circunstancias económico-sociales.

Esos cambios en el ámbito individual y de carácter cultural —de los valores— tenían consecuencias en el nivel del sistema político, al generar: a) cambios en los temas políticos relevantes (ahora más relacionados con *issues* que con *cleavages*<sup>19</sup>; b) cambios en el apoyo a las instituciones, generándose nuevas lealtades hacia las de ámbito supranacional o local, en detrimento de las hasta entonces habituales dirigidas al Estado-nación; c) alteraciones en las bases del conflicto social (perdiendo importancia el conflicto de clase basado en cuestiones de distribución de la riqueza y ganándola los relacionados con la identidad y la autonomía); y, d) transformaciones en las formas de participación política, creciendo las de protesta, conducida con mayor autonomía y a través de nuevos actores de movimientos sociales y de redes formales e informales, en perjuicio de la capacidad dirigente de las viejas élites y los vehículos tradicionales de canalización de la participación (partidos políticos, sindicatos, grupos de interés u otro tipo de organizaciones tradicionales...) <sup>20</sup>.

Dos años después, Barnes y Kaase (1979) constataban que las transformaciones que las sociedades occidentales estaban experimentando daban lugar a un nuevo paradigma político caracterizado por un continuo incremento de las tasas de participación política (efectiva y de demandas de participación). Ese incremento tenía un carácter tanto cuantitativo como cualitativo, puesto que la población había ampliado el *catálogo* o *repertorio* de formas de participación política respecto de lo que hasta entonces se había considerado convencionalmente como formas de legítimas de participación ciudadana. Las nuevas formas de participación se caracterizaban por ser de carácter no convencional, no institucionalizado y directo: formas de participación que “no corresponden con las normas, leyes, reglas y costumbres que regulaban la participación política en un régimen dado” (Kaase y Marsh, 1979a: 41), y que están relacionadas con la protesta y con demandas no institucionalizadas, no adecuadamente canalizadas ni atendidas por los actores o las estructuras políticas tradicionales.

El comportamiento político basado en las nuevas formas no convencionales y directas de participación (posteriormente, *de protesta*) difícilmente admitía ser calificado de *antisistema*, en tanto tenía como objetivo “aumentar la influencia política frente a unas instituciones que no responden, pero no instalar un gobierno alternativo” (Kaase y Marsh, 1979b: 150). Además, estos autores comprobaron que quienes utilizaban las *nuevas* formas no convencionales de participación política seguían acudiendo cuando lo consideraban oportuno o eficaz a las formas convencionales: la participación política convencional y no convencional (de protesta)

---

19. Se habían descongelado, según Inglehart, los alineamientos políticos (también partidistas) que, como apuntaron Lipset y Rokkan (1967: 14 ss.), habían estructurado la política desde principios de siglo XX.

20. Sobre la movilización-participación política a través de organizaciones alternativas a los viejos actores políticos, véase, con carácter general, Morales (2008). Sobre la adaptación de los partidos a los nuevos escenarios, Dalton, Farrell y McAllister (2013).

eran percibidas como complementarias, dándose una alta correlación entre quienes se manifestaban dispuestos a utilizar unas y otras formas de participación política (Kaase y Marsh, 1979b: 134 y 135) o se movían una y otra vez entre ambos paradigmas, viejo y nuevo, según las circunstancias y las situaciones (Offe, 1988: 184).

Barnes y sus coautores hallaron que la base para esas transformaciones en el ámbito de la participación política individual estaba en las mismas variables descritas por Inglehart: el crecimiento económico y la expansión de la intervención estatal en el marco del Estado de bienestar, y el consiguiente incremento cuantitativo y cualitativo de los niveles de educación de la ciudadanía, de la tecnología y, así, de los medios de comunicación —especialmente de la televisión—. Todo ello redundaba en el incremento de la capacidad cognitiva de unos ciudadanos que iban adquiriendo progresivamente mayor sofisticación y autonomía política respecto de las organizaciones formales que canalizaban su participación (Kaase y Marsh, 1979a: 37).

Esa mayor sofisticación de los ciudadanos les permitiría percibir y reaccionar ante las consecuencias negativas y destructivas de las formas establecidas de racionalidad económica, política y tecnológica —que afectan ya no a un grupo sino, potencialmente, a casi toda la sociedad, en escenarios de *(in)justicia global*—, y ante la incapacidad de las instituciones políticas para aprender y cambiar. Así, el nexo entre las circunstancias objetivas y la acción vendría mediatizado por un *proceso cognitivo consciente*, por una respuesta racional a la percepción de la realidad social y la realización de los valores que en ella se dice perseguir (Offe, 1988: 205, 208 y 217), proceso al que no sería ajeno el *framing* que intentan generar las organizaciones de movimientos sociales.

Se estaba operando un cambio histórico en estas sociedades en las que, como afirmara Bell en *El advenimiento de la sociedad postindustrial* (1973: 37)<sup>21</sup>, “las viejas relaciones sociales (que estaban vinculadas a la propiedad), las estructuras de poder existentes (concentradas en reducidas élites) y la cultura burguesa (basada en las nociones de *contención* y de aplazamiento de las gratificaciones) estaban siendo aceleradamente socavadas. Los motivos de esta convulsión [...] también son culturales [de valores], habida cuenta de que la cultura ha ganado autonomía en las sociedades occidentales”. Los conflictos sociales dejaban de estar definidos solo en términos distributivo-materiales para abrir espacio a conflictos de raigambre cultural, opuesta a la del conflicto de clase al no estar relacionada con la producción, la distribución o la seguridad. Se trataba de conflictos derivados, progresivamente, de los nuevos valores relacionados con lo expresivo, que desplazaban —paulatinamente— a los valores materialistas en la configuración de las preferencias y la acción política en las democracias desarrolladas: “la política ya no gira tan solo alrededor de acuerdos sobre quién obtiene qué, cuándo y cómo, sino también acerca de las estructuras de *gobernanza* de la organización social y los estilos culturales de vida” (Kitschelt, 2004: 10; también Offe, 1988: 196 y 203 y ss., entre otras).

---

21. A diferencia de los otros autores citados, Bell auguraba unas consecuencias muy negativas de esas transformaciones en los sistemas políticos, en el sentido de provocar su sobrecarga e ingobernabilidad.

Esos cambios afectaron a tantos aspectos de los sistemas políticos occidentales que diversos autores entendieron que había surgido un *nuevo paradigma político* —o una *nueva política*— que estaría sustituyendo, lentamente, al viejo, en tanto en el nuevo paradigma:

“... los nuevos conflictos surgen más bien en los ámbitos de la reproducción cultural, la integración social y la socialización; se dirimen en forma de protestas sub-institucionales y, en todo caso, extraparlamentarias; y en los déficits subyacentes a esos conflictos se refleja una cosificación de ámbitos de acción estructurados comunicativamente a la que ya no se puede hacer frente a través de los medios dinero y poder. No se trata primariamente de compensaciones que pueda ofrecer el Estado social, sino de la defensa y restauración de nuevas formas de vida” (Habermas, 1987-II: 555 y 556)<sup>22</sup> ...

## EFFECTOS DEL NUEVO PARADIGMA POLÍTICO

Prácticamente todos los ámbitos de los sistemas políticos occidentales se han visto afectados, en mayor o menor medida, por esta irrupción del nuevo paradigma:

- Junto a los *temas* vinculados al bienestar material, la idea tradicional de progreso, el desarrollo, el crecimiento de la producción y la distribución de bienes, el consumo y la seguridad —propios de una política tradicional de *cleavages*—, han surgido otros nuevos, más relacionados con lo expresivo, la identidad y la autonomía (Offe, 1988: 177), de carácter monotemático, típicos de una política de *issues*: ecología, igualdad de sexos, identidad sexual, participación, solidaridad, integración, cultura, tolerancia, autonomía, autoestima, autorrealización, pertenencia, desarrollo sustentable, etc., lo que Habermas (1987-II: 555) denominó la “gramática de las formas de vida”.
- El cambio de paradigma también ha afectado al *conflicto*: el conflicto de clase, protagonizado por los principales agentes económicos del modo de producción, imbricado en una cosmovisión ideológica o religiosa determinada, generalmente aferrado a lo *cuantitativo*, y que se solía resolver mediante concertaciones y pactos ha dejado lugar a los conflictos monotemáticos, de lógica *cualitativa*, en los que las reivindicaciones no son exclusivas de una clase sino universalistas, que no son susceptibles de ser resueltos mediante una negociación (Offe, 1988: 196; Della Porta y Diani, 2011: 68 ss.); no versan tanto sobre el *cuánto* sino más bien sobre el

22. También Inglehart (1977: 262 e, igualmente, en obras posteriores) y Offe (1988: 173 ss.) se han ocupado de describir las características del nuevo paradigma político o de la nueva política.

*qué*, lo que Kitschelt (2004: 12 ss.) ha llamado la configuración de la estructura de la *gobernanza sociocultural*.

- Coherentemente, los tipos de *incentivos* y *los objetivos de la acción política* son, igualmente, diferentes: de la primacía de los *incentivos selectivos-materiales* sobre los *colectivos de solidaridad* se ha pasado en el nuevo paradigma a la primacía de estos últimos. Los *objetivos de la acción* ya no son en tanta medida privativos de un grupo en función de sus intereses específicos que lo definen o de su ideología, sino que comienzan a ser de ámbito potencialmente universal, o generales, no referibles a un grupo determinado.
- El nuevo paradigma ha afectado igualmente al *estilo de actuación* de los actores: la negociación, el pacto/concertación y la eficacia como criterio de éxito bajo el paraguas de la racionalidad instrumental y estratégica empiezan a ser sustituidos por el radicalismo, el inmovilismo, el maximalismo y la *innegociabilidad* como principio, y la defensa de los principios por encima de la eficacia como criterio para la acción, al calor de una racionalidad expresiva (comunicativa [Habermas, 1987]) no instrumental y un ámbito de actuación e interés mucho más restringido, e incluso monotemático.
- También ha habido cambios en las *organizaciones* que articulan, canalizan y movilizan la participación: los partidos políticos y sindicatos comparten esas funciones con los nuevos movimientos sociales monotemáticos y las redes sociales, formales y —cada vez más— informales. Las organizaciones propias de la nueva política, a diferencia de las de la vieja, tienen una estructura descentralizada, flexible, en red, no jerarquizada y lo menos burocrática posible, dado el rechazo que estas últimas características suscitan en sus simpatizantes; al tiempo, procuran adoptar un nuevo estilo de funcionamiento más acorde con los valores de la nueva política: rotación en los puestos, no reelección o limitación de los mandatos, cuotas para alcanzar la paridad de sexos en los cargos representativos y ejecutivos, *asambleísmo* y participación extensa en las decisiones. Por otro lado, su objeto no es omnicompreensivo sino monotemático, muy lejos de los programas generalistas de los viejos actores políticos (Linz, 2002: 302; y Kitschelt, 2004: 43), lo que facilita su capacidad de generar compromisos y de integración y agregación.
- El *discurso político* ha variado igualmente: los discursos incardinados en ideologías o cosmovisiones omnicomprensivas y totalizantes se ven acompañados o han sido en parte sustituidos por discursos políticos fragmentados, monotemáticos, pluralistas, generales e imprecisos y confeccionados *ad hoc*, con independencia sustantiva de otros temas y, en bastantes ocasiones, ubicados en campo de la filosofía negativa.
- También ha variado lo que se espera o *demanda* del aparato estatal-burocrático: en vez de solicitarse tanto que el Estado “haga algo”, se le demanda que “se quede al margen”, que respete determinados espacios de interacción ciudadana; no se exige representación sino autonomía, defendiéndose un espacio físico y/o moral, cuya

integridad se considera innegociable y cuya defensa constituye la razón de ser de la unión (Offe, 1988: 67 y 68).

- El *ámbito de actuación política* privilegiado es también distinto, ya que en el nuevo paradigma político se recela del ámbito público-político institucional formal, propio del viejo, como espacio adecuado para plantear y pretender resolver el conflicto (van Deth, 2001). Se prefiere ahora la “nueva” esfera *semipública*, esa esfera intermedia entre la pública-política y la privada, donde la burocratización de las estructuras estatales es menos rígida, intensa o, incluso, inexistente. Como señaló Offe (1988: 174), este *espacio semipúblico* de la política no institucional no estaba previsto por las doctrinas ni la práctica de la democracia liberal ni del Estado de bienestar, pero bajo el empuje del nuevo paradigma se politiza progresivamente de manera no restringida por las “oxidadas” instituciones políticas representativo-burocráticas formalizadas.
- Con el desarrollo de la posindustrialización, también han variado las *bases sociales de apoyo* al conflicto: se ha pasado de unas bases claramente articuladas por la clase y la ideología a unas bases difusas, de apoyo inestable y débil. El apoyo a las posturas más proclives al cambio social se encuentra ahora no en la izquierda, como venía siendo habitual, sino en las nuevas clases medias (trabajadores del sector servicios) y sectores periféricos y desmercantilizados (amas de casa, parados, estudiantes y jubilados) (Offe: 1988: 181, 194 y 198). Como afirma Kitschelt (2004: 20), “deja de haber una afinidad natural entre el ‘izquierdismo’ económico y el ‘libertarismo’ sociocultural, o entre el ‘derechismo’ económico y el ‘autoritarismo’ sociocultural”.
- Ha cambiado igualmente el *tempo político*: el *tempo pausado*, imbuido en el largo plazo, ha sido sustituido por la inmediatez, la urgencia y la necesidad de encontrar rápida respuesta a la acción, por la premura de encontrar soluciones para los diversos temas planteados, habida cuenta de la constatación de la amenaza que para el bienestar general se deriva de la racionalidad (hacia el crecimiento y la seguridad) que se ha asumido en la esfera institucional y la incapacidad manifestada por las instituciones y sus dirigentes para aprender de las consecuencias que de ella se derivan para los valores de la modernidad que dicen propugnarse (Offe, 1988: 208 y 217 ss.).
- De igual manera, los *anclajes identitarios* y las *identidades* han experimentado modificaciones con el surgimiento del nuevo paradigma político, generando un contexto parecido a aquel que Weber describió con la metáfora de la *pérdida de sentido*: individualización y atomización de las relaciones sociales, movilidad geográfica, funcional y social, anomia social, deterioro y declive de los criterios, categorías y las identidades tradicionales basadas en relaciones adscriptivas, surgiendo otras nuevas más fragmentadas, fluidas, flexibles, plurales y monotemáticas, con la consiguiente debilidad o, incluso, desaparición de esos anclajes *identitarios* tradicionales, convirtiendo al individuo contemporáneo en un *nómada del presente* que

transita a la búsqueda de anclajes más débiles y efímeros (Melucci, 1989; en un sentido similar, Dalton y Watterberg, 2002: 11).

- Y —ya se ha anticipado— también las *formas de participación o de acción política* varían: las formas convencionales se ven acompañadas por las de protesta o *contenciosa* (Tilly, 2008<sup>23</sup>) o, desde los años noventa, social (van Deth, 2001: 6), dirigidas no solo al Estado y sus aparatos institucionales burocráticos formalizados, sino a una sociedad civil politizada, activa y crítica en esa esfera semipública no refrenada institucionalmente, expandiéndose tanto el repertorio como el ámbito de participación a casi todos los aspectos de la vida (van Deth, 2001; Norris, 2003).

## EL IMPACTO DE LA NUEVA POLÍTICA Y LA NUEVA PARTICIPACIÓN CIUDADANA

Esos cambios se han incrementado con los procesos de globalización, las tendencias hacia la igualdad entre sexos y la incorporación de la mujer al mercado laboral, la progresiva individualización, la diferenciación y las consiguientes modificaciones en los vínculos sociales, la inmigración, el incremento de la movilidad social, geográfica y funcional, etc. En todo caso, la realidad impide extender el certificado de defunción del *viejo paradigma*, en tanto sus actores, temas y lógicas siguen rigiendo —y más, desde el surgimiento de la crisis económica en 2008— la vida política de las sociedades occidentales. Las tasas de participación electoral de los ciudadanos, y la eficacia del sistema de *party government* que vincula votantes y partidos en función de sus respectivas posiciones políticas, en lo que tienen de aval legitimador, así lo confirman (por mucho que la participación electoral se haya reducido algunos puntos porcentuales en algunas democracias [Gray y Caul, 2000; Watterberg, 2002; Norris, 2011: 221; Dalton, Farrell y McAllister, 2013: 155 y 229]).

Es cierto que la grave crisis económica manifestada en 2008 ha hecho revivir conflictos, intereses y agravios que parecían largamente postergados para la mayor parte de la población y que “después de muchos años ‘varada’, la acción de la clase obrera parece tornar con brío”, equilibrándose en las movilizaciones contemporáneas las cuestiones más posmaterialistas —en las que se centraban principalmente en las últimas décadas— con agravios por derechos y prestaciones sociales básicos más propios de la vieja política (Della Porta y Diani, 2011: 15, 16 y 22). La crisis y sus consecuencias bien podrían suponer un receso en el proceso de desarrollo de los temas y conflictos de la nueva política, provocado por unas circunstancias coyunturales que atenúan o *aparcen* temporalmente sus efectos (lo que sus defensores contemplaron como una posibilidad) ante la relevancia de conflictos más propios del viejo paradigma.

---

23. Tilly (2008: 5 y 6) entiende que la política contenciosa vincula tres aspectos en su definición: contienda (demandas sobre intereses conflictivos), acción colectiva (resultante de la coordinación para la defensa de intereses o programas compartidos) y política (el ámbito de lo político está implicado cuando interactuamos con agentes del Estado o sobre derechos, prestaciones, regulaciones o intereses protegidos o dictados por el Estado).

Pero ello no debe ocultar que el nuevo paradigma (y muchas de sus consecuencias) ha emergido con fuerza y condiciona cada día en mayor medida y con más ímpetu la vida política en muchas de sus dimensiones y pautas (incluso cuando afectan a cuestiones y conflictos del viejo), afectando a muchos aspectos de los sistemas democráticos (Dalton, Cain y Scarrow, 2003: 256 ss.). Se trata de un cambio que no tiene carácter pasajero, en tanto está firmemente enraizado en circunstancias y valores surgidos de transformaciones estructurales que se confirman, consolidan y extienden a medida que las nuevas cohortes generacionales se socializan prioritariamente en ellas (aunque también entre los que no lo han hecho tanto). Esas transformaciones dieron lugar a ciudadanos más sofisticados, autónomos y críticos, que perciben las contradicciones y consecuencias de la racionalidad económica e institucional, y desean participar en las decisiones colectivas y sujetar a escrutinio las decisiones que adoptan las autoridades. Esas circunstancias caracterizan al contexto de movilización que se da en cada país en un momento dado, en función de los respectivos factores de oferta, de demanda y de movilización, considerando las transformaciones que han supuesto para la acción colectiva la globalización, las tecnologías de la información y la comunicación y la profusión de redes formales e informales.

Quizá el mayor potencial de la *nueva política* radique en que los individuos que la empujan son ciudadanos más jóvenes, más activos y apasionados respecto de las cuestiones que les interesan y movilizan, con mayor nivel educativo, mayor competencia y sofisticación políticas (desde luego, tecnológica), y que mejor saben cómo comunicarse y actuar políticamente para que su acción sea eficaz. El impacto de su acción política es, por tanto, considerablemente mayor que el que correspondería a su condición aparentemente minoritaria, afectando su actividad a las osificadas estructuras del viejo orden, transformándolo o intentando transformarlo para que preste mayor atención a la ciudadanía, sea más abierto a la participación y al control colectivo, y menos dirigido desde arriba<sup>24</sup>.

En todo caso, cualquiera que sea el nivel de desarrollo del nuevo paradigma y el eventual *congelamiento* coyuntural que la crisis económica pueda imponer sobre sus efectos, “sus” ciudadanos políticamente sofisticados, activos y críticos no significan una amenaza para el orden político y social existente, sino más bien lo contrario: en su inmensa mayor parte no son antisistema, sino que, desde un punto de vista funcional, al incrementar las expectativas democráticas (Warren, 2001: 72; Urbinati y Warren, 2008: *passim*) pueden suponer el catalizador que fluidifique y abra al cambio social las oxidadas estructuras políticas (Norris, Walgrave y von Aelst, 2005: 203). Son los *demócratas insatisfechos* (Kinglemann, 1999: 32 ss., 43 y 56; Norris, 1999 y 2011: 219 ss.; y Dalton 2004), que no quieren acabar con la democracia representativa, sino influir en las anquilosadas estructuras políticas del viejo sistema democrático liberal representativo para incrementar sus niveles de responsabilidad ante la ciudadanía (rendición de cuentas o *accountability*), de receptividad y sensibilidad ante sus directrices, demandas e intereses (sensibilidad o *responsiveness*)

---

24. Sobre la mayor capacidad de esta nueva ciudadanía *posmaterialista* para controlar y evaluar a las autoridades del sistema político con estándares más rigurosos, ver Inglehart (1999: 236 y 250) y Norris (2011: *passim*).

y ampliar los ámbitos abiertos a la participación colectiva socialmente activada y canalizada (y, eventualmente, volver a supeditar la economía al control político).

En todo caso, dadas sus características, las consecuencias del nuevo paradigma se manifiestan en mayor medida en la arena no institucionalizada constituida por la esfera semipública. El ámbito de actuación propio de los actores típicos de este nuevo paradigma no es la arena electoral ni la competencia en la esfera institucional: en este sentido, no hay que buscar el impacto de estas movilizaciones directamente en las urnas<sup>25</sup>.

No obstante, no es menos cierto que el nuevo paradigma y la irrupción de las nuevas formas de participación y de los nuevos actores ha afectado a los previamente existentes, por mucho que estos traten de adaptarse lenta y, en muchas ocasiones, torpemente a los *nuevos aires*. La participación ciudadana y los nuevos actores, con sus discursos políticos, desafían a la política formalizada e institucionalizada y, con ella, a los partidos políticos tradicionales, haciéndoles cambiar, en bastantes ocasiones, sus pautas de competición electoral y lógicas de actuación al introducir nuevos temas —provocando la reestructuración de la agenda política—, y al incorporar nuevas formas y estilos de participación complementarias, trastocando las lealtades y apoyos sociales (Dalton, Farrell y McAllister, 2013). Redefinen, en definitiva, la política institucionalizada propia del viejo paradigma, afectando a buena parte de sus diversos aspectos y dimensiones, así como a la prácticas de la democracia<sup>26</sup>.

Todos estos cambios han provocado que, a la hora de articular las preferencias políticas, el eje relativo a la distribución económica-material (mercado *versus* redistribución pública-estatal) ha dejado de ser el único. Esos cambios abrieron la puerta a finales del siglo pasado a la emergencia del *eje de la estructura de la gobernanza de la vida sociocultural* (autoritarismo *versus* libertarismo), rompiéndose el vínculo tradicional entre las posiciones de los dos ejes (izquierda-libertarismo y derecha-autoritarismo), siendo imprescindible ahora adoptar un análisis de la distribución de preferencias políticas de carácter “irreductiblemente bidimensional”. Esa *bidimensionalidad*, en una situación de política dinámica y diversificada, impide a los partidos y a otras organizaciones “crear unas fidelidades de base en el electorado tan grandes y sólidas como las que captaron tras la Segunda Guerra Mundial” (Kitschelt, 2001: 20).

A ello se suma que las sociedades democráticas se han hecho progresivamente más plurales, heterogéneas y complejas, lo que también ha incrementado sustancialmente las dificultades de las organizaciones partidistas para agregar identidades e intereses en programas coherentes, satisfaciendo adecuadamente las demandas y expectativas sociales: los partidos acaban reuniendo, más que integrando, distintos intereses sociales relevantes (Poguntke, 2004: 2). La agregación e intermediación en relación con identidades e intereses

25. En la convocatoria municipal y autonómica de mayo de 2011 tal impacto fue reducido, tanto en lo relativo a las tasas de participación, de voto nulo o en blanco, como en la distribución del voto. Se registraron ciertos niveles de volatilidad electoral, especialmente en perjuicio del partido en el Gobierno central, el PSOE, así como en beneficio de pequeños partidos alternativos a los principales, algo habitual en *elecciones de segundo orden*.

26. Sobre cómo esas transformaciones han provocado cambios institucionales respecto de las tres formas de acceso ciudadano al proceso de gobierno (*representative democracy, direct democracy y advocacy democracy*), ver Dalton, Cain y Sarrow (2006: 252 ss.).

se hace mucho más fácil para las organizaciones monotemáticas, que pueden adaptar su mensaje e incluso su organización a las peculiaridades de los grupos específicos que habrán de representar, más aún si instalan su discurso en el ámbito de la ambigüedad o de la negatividad.

Junto a todo ello, las transformaciones derivadas de la irrupción de lo que estamos denominando *nuevo paradigma político* han provocado en las democracias occidentales una *diversificación de los campos de acción política*, un aumento de la atención hacia nuevos campos, modos y medios de conseguir hacer las cosas colectivas. La política deja de estar centrada en el Estado, protagonizada por el Estado y delimitada por los contornos del Estado: el Estado pierde significación como agente y como lugar para la acción colectiva (Warren, 2001: 72).

En ese nuevo paradigma, la política pierde progresivamente sus referencias espaciales, superándose el marco político-nacional configurado por la política estatal-formalizada, abriéndose nuevos ámbitos y espacios para la acción política independientemente y al margen de los concebidos por el Estado, en un proceso combinado de *desnacionalización*, *diversificación* y *desespacialización* políticas (Kriesi, 2001: 224 ss.; Vallespín, 2000 y 2011).

Los ciudadanos, progresivamente más sofisticados, se mueven en los campos diversificados de la acción colectiva haciendo uso alternativa, simultánea o complementariamente de la *diferenciación de los mecanismos de intermediación* de intereses para la acción política (Kitschelt, 2001: 363 y 364; Van Deth, 2001: 3). Los ciudadanos, ahora más sofisticados, con las tecnologías de la información y la comunicación a su disposición, son más autónomos políticamente respecto de organizaciones, al tiempo que encuentran *diferentes* y *diversificados* escenarios, vehículos y formas de participación para articular su acción colectiva en los nuevos *panoramas diversificados* de acción política. En ese marco de mayor autonomía y de plurales organizaciones para la acción política, los partidos han dejado de ser los actores que, prácticamente en exclusiva, ofrecían a los ciudadanos (a través del *partidismo*) las claves y los medios (*atajos*) para articular sus identidades y predisposiciones para participar en política, tal y como Campbell, Converse y otros concibieron originariamente el *partidism* (Campbell, Converse *et al.*, 1966; Shively, 1979; y, más recientemente, Fiorina, 1990)<sup>27</sup>.

Junto a los partidos han surgido otro tipo de organizaciones y redes formales e informales que compiten con ellos en la articulación, agregación y representación y movilización de identidades e intereses políticos. Estas organizaciones tienen la ventaja —frente a los partidos— de defender objetivos políticos monotemáticos y, en ocasiones, de carácter negativo, por lo que les resulta mucho más sencillo comprometer a sus miembros y simpatizantes y aunar apoyos y trabar alianzas, al no tener que equilibrar distintas cuestiones, sensibilidades y temas en un programa común omnicomprendivo (Lin, 2002: 302).

---

27. El *partidism* se configuraba como un mecanismo que permitía a los ciudadanos orientarse políticamente, procesar y realizar sus evaluaciones y juicios políticos, guiándoles entre las opciones electorales, al proporcionarles atajos, claves y consignas para tamizar la información y adoptar decisiones políticas ahorrando parte de los *costes* de esas operaciones.

Además, ahora los medios de comunicación son más inquisitivos y activos en el control del proceso político y sus autoridades, y en la determinación de la agenda política al margen —o por encima— de los partidos (Linz, 2002: 303; Webb, 2002: 449 y 455; Norris: 2000 y 2011: 169 ss.)<sup>28</sup>. Y también proporcionan a los ciudadanos claves y atajos que antes generaban en exclusiva los partidos (centrándose más en los líderes/candidatos que en las organizaciones partidistas). Internet y la expansión de las redes sociales a través de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación han incrementado y facilitado más aún esa autonomía política de los ciudadanos respecto de las organizaciones. Los ciudadanos, militantes y simpatizantes de los partidos habían sido convertidos en espectadores —miembros de una audiencia (Manin, 1998: 267 ss.)— por las modernas técnicas de *marketing* y la comunicación política aplicadas en campañas electorales y en la política formalizada e institucional, en general. En definitiva, las instituciones democráticas y sus autoridades y representantes tienen que desarrollar su actividad en sociedades más heterogéneas integradas por individuos más capaces, sofisticados y, así, progresivamente más autosuficientes, autónomos e independientes de las organizaciones partidistas<sup>29</sup> y de otro tipo, con nuevos medios electrónicos (Internet, móviles, redes sociales...) para comunicarse, agregarse, convocarse y movilizarse, esto es, para actuar colectivamente de forma autónoma y, hasta cierto punto, espontánea. En el incremento de las demandas y expectativas ciudadanas y la incapacidad de las instituciones y autoridades para satisfacerlas plenamente nace el *déficit democrático* (Norris, 2011) que en buena medida está en la base de estas movilizaciones.

La representación política se ha tornado paulatinamente más compleja: las —no tan nuevas— movilizaciones exigen formas de representación política más *activas* (Mansbridge, 2011): articular una representación legitimada será más *costoso* para los políticos, ya que será una representación menos basada en las dimensiones (Pitkin, 1981) de *identidad* y *autorización*, y más en las de *receptividad* ante los intereses, demandas y directrices ciudadanas (*responsiveness*) y de responsabilidad y *rendición de cuentas* (*accountability*), intensificadas y verdaderamente efectivas.

En todo caso, los *demócratas insatisfechos* españoles no están solos (Inglehart y Welzel, 2003; Dalton, 2004: 191; Norris, 2011: 57 ss., 217 ss. y 238): “... el apoyo y la confianza en la clase política, los partidos políticos y los sistemas políticos se ha erosionado respecto de la pasada generación” (Dalton, 2004: 191), aumentando el escepticismo acerca de la capacidad de las principales instituciones de la democracia representativa para aplicar lógicas de acción y ofrecer soluciones políticas satisfactorias para los problemas y conflictos sociales (y, en especial en esta coyuntura de crisis económica, para las pésimas perspectivas vitales de buena parte de la población). Pero ello no lleva a la ciudadanía a dar la espalda a esos mecanismos de representación y participación de la democracia formal, sino a buscar

28. Norris (2000) ha aportado sólida evidencia de la alta asociación entre el acceso a los medios de comunicación y múltiples indicadores de movilización política.

29. Ver, entre otros, Diamond y Gunther (2001: xvii); Schmitter (2001: 72); Bartolini y Mair (2001: 335); Dalton y Watterberg (2002: 10 y 11); Dalton (2002: 32).

complementariamente otros instrumentos y canales que pueda fluidificarlos (Dalton, Farrell y McAllister, 2013: 231).

Pese a las pautas de poca movilización política ciudadana que se registran en España, nos ubicamos a la cabeza de países europeos en cuanto a la participación en manifestaciones. Como hemos expuesto, en esta década se ha experimentado —aunque sin ser un fenómeno exclusivo de España— su *normalización* para todos los sectores sociales, tras la experiencia de aprendizaje en las movilizaciones en contra del terrorismo de los años noventa (Jiménez, 2011). Más allá de la consolidación de la popularidad y normalización generalizada de este recurso, las movilizaciones derivadas del 15-M evidenciaron que existía una sociedad civil divorciada de las instituciones y políticos formales, dispuesta a movilizarse para cuestionar públicamente aquello con lo que no está conforme, y que desarrolla lo que Offe (1988: 227-228) denominó la “crítica moderna de la modernización en marcha”.

Más allá de su espontaneidad, el apoyo generalizado, su informalidad y el papel de las nuevas tecnologías y las redes sociales en su convocatoria, quizá lo nuevo de la *movilización de los indignados* radique en que una gran parte de la población pareció descubrir el carácter contingente del curso de la historia y de la sociedad, es decir, que “pueden ser creados y cambiados por las personas y fuerzas sociales decididas a ello” (Offe, 1988: 219). Ese fue, según Taibo (2011: 132), el principal cambio alentado por el movimiento de los indignados: que la gente “descubra que puede y debe hacer cosas que antes aparentemente no estaban a su alcance”.

Convendría, en este sentido, evaluar cuánto pesaba en la acción ciudadana el componente *instrumental* (para conseguir cosas frente a lo que no gusta) y cuánto el *expresivo* (para reafirmarse en sentimientos de identidad, pertenencia, de lealtad a un grupo y de integración en el mismo) (van Deth, 2001; Norris: 2003: 27; Casquete, 2011-b: 120), en contextos de movilización en los que las TICs han simplificado y facilitado la difusión de la información y la comunicación, al tiempo que se han reducido los costes de oportunidad para la participación<sup>30</sup>. Siempre existirá el riesgo de que, en el contexto de una grave crisis económica, parte de esa nueva movilización responda más bien a lo que Adorno (1989 y 2009) denominó *pseudoactividades*, aquí *pseudomovilización* ciudadana (principalmente en formato virtual o cibernético y en redes sociales):

*“la pseudoactividad se ha extendido terriblemente, incluso y especialmente entre los que protestan contra la sociedad. Podemos presumir en la pseudoactividad una necesidad atascada de cambiar una situación petrificada. La pseudoactividad es una espontaneidad mal dirigida, y no por casualidad, sino porque las personas presienten que les resultará muy difícil cambiar lo que grava sobre ellas. Así que prefieren dedicarse a unas actividades aparentes, ilusorias, a unos*

---

30. Con carácter general, sobre la participación política en “formato” cibernético o digital, véase Norris (2000 y 2011). En Anduiza, Jensen y Jorba (2012) se analiza, de forma comparada, el impacto del propio entorno cibernético y otros factores contextuales en la concepción, actitudes y usos políticos de los ciudadanos y sus pautas de participación digital.

*sucedáneos institucionalizados de la satisfacción, en vez de tomar consciencia de que la posibilidad está cerrada hoy”* (Adorno, 2009: 580)<sup>31</sup>.

Habrà que estar pendiente a lo que los análisis empíricos puedan concluir al respecto. Mientras, no nos queda sino saludar a esa movilización ciudadana en la *árida* España si coadyuva a consolidar esa sociedad civil autónoma y crítica en su afán por concretar y extender razonable y atinadamente sus propuestas de reforma y fluidificación del sistema democrático en sus distintos síndromes (Vallespín, 2011: 12). Aunque se ubiquen en un “espacio indefinido, en un no lugar” (Vallespín, 2011: 14), tienen una cierta raigambre y perfiles más estructurales que coyunturales. Probablemente el éxito de las movilizaciones ciudadanas reside en acertar a consolidar y transmitir fructíferamente esas demandas para el establecimiento de mecanismos que permitan unas *responsiveness* y *accountability* más fluidas y efectivas. Triunfarán si las instituciones, los partidos políticos y los otros instrumentos tradicionales de representación, intermediación y canalización de la participación asumen esta nueva configuración de la ciudadanía (más sofisticada, consciente, autónoma, activa y crítica), articulando instrumentos que hagan efectivos esa participación y control ciudadanos.

Convendrá tener presentes todas esas transformaciones al estudiar las movilizaciones ciudadanas desde los complementarios enfoques analíticos que consideren también el papel que juegan en su desarrollo los contextos institucionales, las organizaciones y las construcciones culturales e identitarias. Ignorar las transformaciones estructurales experimentadas por las sociedades en las últimas décadas supondría desconocer un importante factor para la adecuada explicación de esas movilizaciones y sus características. Aunque no se trata de algo que haya brotado repentinamente en los dos últimos años en nuestras calles, en todo caso supone la manifestación de los *nuevos* retos para los sistemas políticos, retos cuyas consecuencias últimas deberían redundar en el robustecimiento de los sistema democráticos.

### Referencias

- Adorno, Theodor W. 1989. “Teoría de la pseudocultura”, en Theodore W. Adorno y Max Horkheimer, *Sociológica*. Madrid: Taurus.
- Adorno, Theodor W. 2009. *Crítica de la cultura y de la sociedad*, vol. II. Madrid: Akal.

31. Y más adelante, continua: “... pseudoactividad, un hacer que se disimula y se aviva por mor de la ‘publicity’ propia, sin admitir en qué medida sirve a la satisfacción sustitutoria, elevándose a finalidad en sí misma” (Adorno, 2009: 709). En la misma línea, “... las personas compensan la conciencia de su impotencia social —conciencia que penetra hasta en sus constelaciones instintivas individuales— y, al mismo tiempo, la sensación de culpa debida a que no son ni hacen lo que en su propio concepto deberían ser y hacer, teniéndose a sí mismos —real o meramente en la imaginación— por miembros de un ser más elevado y amplio, al que adjudican los atributos de todo lo que a ellos les falta y del que reciben de vuelta, sigilosamente, algo así como una participación de aquellas cualidades” (Adorno, 1989: 193 y 194). En un sentido similar, véase la crítica de Habermas a la *pseudoactividad* en su ensayo *La revolución aparente y sus hijos* (1968).

- Anduiza, Eva, Michael J. Jensen y Laia Jorba. 2012. *Digital Media and Political Engagement Worldwide. A Comparative Study*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Anduiza, Eva, Camilo Cristancho y José M. Sabucedo. 2012. "Mobilization through online social networks: the political protest of the indignados in Spain", manuscrito.
- Barnes, Samuel H. y Max Kaase (eds.). 1979. *Political Action. Mass Participation in Five Western Democracies*. California: Sage.
- Barnes, Samuel H., Peter McDonough y Antonio L. López-Pina. 1986. "Volatile Parties and Stable Voters in Spain", *Government and Opposition*, 21.
- Bartolini, Stefano. 2001. "Challenges to contemporary political parties", en Larry Diamond y Richard Gunther (eds.), *Political Parties and Democracy*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Bartolini, Stefano y Peter Mair. 1990. *Identity, Competition and Electoral Availability. The Stabilisation of European Electorates. 1885-1985*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bell, Daniel. 1973. *The Coming of Post-industrial Democracy*. New York: Basic Books.
- Campbell, Angus, Philip E. Converse, Warren E. Miller y Donald E. Stokes. 1960. *The American Voter*. New York: Wiley.
- Casquete, Jesús. 2011. "Símbolos en movimiento: calendario y vampirismo simbólico en el nacionalismo vasco radical", en María J. Funes (ed.), *A propósito de Tilly. Conflicto, poder y acción colectiva*. Madrid: CIS.
- Casquete, Jesús. 2011b. "El movimiento de los indignados", *Claves de Razón Práctica*, 214.
- Dalton, Russell J. 2000. "Citizens Attitudes and Political Behaviour", *Comparative Political Studies*, 33, 6/7.
- Dalton, Russell J. 2002. "The Decline of Party Identifications", en Russell J. Dalton y Martin P. Wattenberg (eds.), *Parties without Partisans. Political Change in Advanced Industrial Democracies*. Oxford: Oxford University Press.
- Dalton, Russell J. 2002b. "Parties in Contemporary Democracies: Problems and Paradoxes", en Richard Gunther, José R. Montero y Juan J. Linz (eds.), *Political Parties. Old Concepts and New Challenges*. Oxford: Oxford University Press.
- Dalton, Russell J. 2004. *Democratic Challenges, Democratic Choices: The Erosion of Political Support in Advanced Industrial Democracies*. New York: Oxford University Press.
- Dalton, Russell J. 2006. *Citizen Politics: Public Opinion and Political Parties in Advanced Western Democracies*. Washington DC: CQ Press.
- Dalton Russell, J. y Martin P. Wattenberg. 2002. "Unthinkable Democracy: Political Change in Advanced Industrial Democracies", en Russell J. Dalton y Martin P. Wattenberg (eds.), *Parties without Partisans. Political Change in Advanced Industrial Democracies*. Oxford: Oxford University Press.
- Dalton, Russell J., Susan E. Scarrow y Bruce E. Cain. 2006. "New Forms of Democracy? Reform and Transformation of Democratic Institutions", en Bruce E. Cain, Russell J. Dalton y Susan E. Scarrow (eds.), *Democracy Transformed? Expanding Political Opportunities in Advanced Industrial Democracies*. Oxford: Oxford University Press.

- Dalton, Russell J., Bruce E. Cain y Susan E. Scarrow. 2006. "Democratic Publics and Democratic Institutions", en Bruce E. Cain, Russell, J. Dalton y Susan E. Scarrow (eds.), *Democracy Transformed? Expanding Political Opportunities in Advanced Industrial Democracies*. Oxford: Oxford University Press.
- Dalton, Russell J., David M. Farrell e Ian McAllister. 2013. *Political Parties and Democratic Linkage. How Parties Organize Democracy*. Oxford: Oxford University Press.
- Della Porta, Donatella y Mario Diani. 2011. *Los movimientos sociales*. Madrid: CIS.
- Diamond Larry y Richard Gunther. 2001. "Introduction", en Larry Diamond y Richard Gunther (eds.), *Political Parties and Democracy*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Diani, Mario. 2004. "Networks and Participation", en David A. Snow, Sarah A. Soule y Hanspeter Kriesi (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements*, Ma., Blackwell.
- Fiorina, Morris P. 1990. "Information and Rationality in Elections", en James Ferejohn y James H. Kuklinski (eds.), *Information and Democratic Processes*. Urbana: University of Illinois Press.
- Gray, Mark y Miki Caul. 2000. "Declining voter turnout in advanced industrial democracies, 1950 to 1997: The effects of declining group mobilization", *Comparative Political Studies*, 33: 9.
- Gusfield, Joseph R. 1994. "La reflexividad de los movimientos sociales: el comportamiento colectivo y la teoría de la sociedad de masas revisitada", en Joseph R. Gusfield y Enrique Laraña (eds.), *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*. Madrid: CIS.
- Habermas, Jürgen. 1987. *La teoría de la acción comunicativa*. Madrid: Taurus, volúmenes I y II.
- Hunt, Scott A. y Robert D. Benford. 2004. "Collective Identity, Solidarity and Commitment", en David A. Snow, Sarah A. Soule y Hanspeter Kriesi (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements*, Ma., Blackwell.
- Hay, Colin. 2007. *Why We Hate Politics*. Cambridge: Polity Press.
- Inglehart, Ronald. 1977. *Silent Revolution: Changing Values and Political Styles among Westerns Publics*. New Jersey: Princeton University Press.
- Inglehart, Ronald. 1999. "Post-modernization Erodes Respect for Authority but Increases Support for Democracy", en Russell J. Dalton y Manfred Keuchler (eds.), *Challenging the Political Order. New Social and Political Movements in Western Democracies*. Oxford: Oxford University Press.
- Inglehart, Ronald. 2001. *Modernización y posmodernización. El cambio cultural, económico y político en 43 sociedades*. Madrid: CIS.
- Inglehart, Ronald y Christian Welzel. 2006. *Modernización, cambio cultural y democracia. La secuencia del desarrollo humano*. Madrid, CIS.
- Jiménez Sánchez, Manuel. 2011. *La normalización de la protesta. El caso de las manifestaciones en España (1980-2008)*. Madrid: CIS.

- Kaase, Max y A. Marsh. 1979a. "Political Action: A Theoretical Perspective", en Samuel H. Barnes y Max Kaase (eds.), *Political Action. Mass Participation in Five Western Democracies*. California: Sage.
- Kaase, Max. 1979b. "Political Action Repertory. Changes Over Time and a New Typology", en Samuel H. Barnes y Max Kaase (eds.), *Political Action. Mass Participation in Five Western Democracies*. California: Sage.
- Kitschelt, Herbert. 2001. "Panoramas de intermediación de intereses políticos: movimientos sociales, grupos de interés y partidos políticos a comienzos del siglo XXI", en Ramón Máiz (ed.), *Construcción de Europa, Democracia y Globalización*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, vol. I.
- Kitschelt, Herbert. 2004. "Diversificación y reconfiguración de los sistemas de partidos de las democracias postindustriales", *Revista Española de Ciencia Política*, 10.
- Klandermans, Bert. 2004. "The Demand and Supply of Participation: Social Psychological Correlates of Participation in Social Movements", en David A. Snow, Sarah A. Soule y Hanspeter Kriesi (eds.) (2004), *The Blackwell Companion to Social Movements*. Ma., Blackwell.
- Klandermans, Bert y Jacquelin van Stekelenburg. 2011. "Comparando las actuaciones contenciosas. El caso de las manifestaciones callejeras", en María J. Funes (ed.), *A propósito de Tilly. Conflicto, poder y acción colectiva*. Madrid: CIS.
- Klingemann, Hans D. 1999. "Mapping Political Support in the 1990s: A Global Analysis", en Pippa Norris (ed.), *Critical Citizens: Global Support for Democratic Government*. Oxford: Oxford University Press.
- Kriesi, Hanspeter. 2001. "La transformación del espacio político nacional en un mundo globalizado", en Ramón Maiz (ed.), *Construcción de Europa, Democracia y Globalización*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, vol. I.
- Kriesi, Hanspeter. 2004. "Political context and opportunity", en David A. Snow, Sarah A. Soule y Hanspeter Kriesi (eds.) (2004), *The Blackwell Companion to Social Movements*. Ma., Blackwell.
- Kuechler, Manfred y Russell J. Dalton. 1990. "New Social Movements and the Political Order: Inducing Change for Long-term Stability?", en Russell J. Dalton y Manfred Kuechler (eds.), *Challenging the Political Order. New Social and Political Movements in Western Democracies*. Oxford: Oxford University Press.
- Lipset, Seymour M. y Stein Rokkan. 1967. "Cleavage Structure, Party Systems and Voter Alignments: An Introduction", en Seymour M. Lipset y Stein Rokkan (eds.), *Party Systems and Voter Alignments: Cross National Perspectives*, London: The Free Press.
- Manin, Bernard. 1998. *Los principios del gobierno representativo*, Madrid: Alianza.
- Mansbridge, Jane. 2011. "Clarifying the Concept of Representation", *American Political Science Review*, 105, 3.
- McAdam, Doug, Jonh D. McCarthy & Mayer N. Zald (eds.). 1997, *Comparative Perspectives of Social Movements. Political Opportunities, Mobilizing Structures, and Cultural Framings*. Cambridge: Cambridge University Press.

- McAdam, Doug y Sidney G. Tarrow. 2011. "Movimientos sociales, elecciones y política contenciosa: construyendo puentes conceptuales", en María J. Funes (ed.), *A propósito de Tilly: conflicto, poder y acción colectiva*. Madrid: CIS.
- Melucci, Alberto. 1989. *Nomads of the Present. Social Movements and Individual Needs in Contemporary Society*. London: Temple University Press.
- Morales, Laura. 2008. *Joining Political Organizations: Institutions, Mobilization, and Participation in Western Democracies*. Colchester: ECPR Press.
- Norris, Pippa (ed.). 1999. *Critical Citizens. Global Support for the Democratic Governance*. Oxford: Oxford University Press.
- Norris, Pippa. 2000. *A Virtuous Circle. Political Communications in Postindustrial Democracies*. New York, Cambridge University Press.
- Norris, Pippa. 2003. *Democratic Phoenix. Reinventing Political Activism*. Cambridge: University Press.
- Norris, Pippa. 2011. *Democratic Deficit. Critical Citizens Revisited*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Norris, Pippa, Stefaan Walgrave y Peter van Aelst. 2005. "Who Demonstrates? Antistate, Rebels, Conventional Participants, or Everyone?", *Comparative Politics*, 37, 2.
- Offe, Claus. 1988. *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*. Madrid: Sistema.
- Olson, Markus. 1971. *The Logic of Collective Action. Public Goods in the Theory of Groups*. Cambridge: Harvard University Press.
- Panbianco, Angelo. 1990. *Modelos de partido*. Madrid: Alianza Editorial.
- Pitkin, Hannah. 1981. *El concepto de representación*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- Poguntke, Thomas. 2004. "Do parties respond? Challegnes to political parties and their consequences", en Kay Lawson y Thomas Poguntke (eds.), *How Political Parties Respond to Voters. Interest Aggregation Revisited*. Londres: Routledge.
- Schmitter, Philippe. 2001. "Parties are not what they once were", en Larry Diamond y Richard Gunther (eds.), *Political Parties and Democracy*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Shively, W. Phillips. 1979. "The Development of Party Identifications among Adults", *American Political Science Review*, 73.
- Snow, David A. 2004. "Framing Process, Ideology and Discursive Fields", en David A. Snow, Sarah A. Soule y Hanspeter Kriesi (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements*. Ma., Blackwell.
- Snow, David A., Sarah A. Soule y Hanspeter Kriesi. 2004. "Mapping the Terrain", en David A. Snow, Sarah A. Soule y Hanspeter Kriesi (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements*. Ma., Blackwell.
- Taibo, Carlos. 2011. *El 15-M en sesenta preguntas*. Madrid: La Catarata.
- Taibo, Carlos. 2011b. *Nada será como antes. Sobre el movimiento 15-M*. Madrid: La Catarata.

- Taibo, Carlos. 2012. *Que no se apague la luz. Un diario de campo del 15-M*. Madrid: La Catarata.
- Tilly, Charles. 1978. *From Mobilization to Revolution*. Ma. Addison Wesley.
- Tilly, Charles. 2008. *Contentious Performances*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Torcal, Mariano y José R. Montero (eds.). 2006. *Political Disaffection in Contemporary Democracies: Social Capital, Institutions and Politics*. Londres: Routledge.
- Torcal, Mariano, José R. Montero y Jan Teorell. 2006. “La participación política en España: modos y niveles en perspectiva comparada”, en Joan Font, José R. Montero y Mariano Torcal (eds.), *Ciudadanos, asociaciones y participación política en España*. Madrid: CIS.
- Urbinati, Nadia y Mark E. Warren. 2008. “The Concept of Representation in Contemporary Democratic Theory”, *Annual Review of Political Science*, 11.
- Vallespín, Fernando. 2000. *El futuro de la política*. Madrid: Taurus.
- Vallespín, Fernando. 2011. “La fatiga democrática”, *Claves de Razón Práctica*, 215.
- Van Deth, Jean W. 2001. “Studying Political Participation: Towards a Theory of Everything?”, *ECPR Joint Sessions*, Grenoble.
- VV.AA. 2012. *¡Espabilemos! Argumentos desde el 15-M*. Madrid: La Catarata, 2012.
- Warren, Mark E. 2001. “¿Qué puede significar hoy la participación democrática?”, en Ramón Máiz (ed.), *Construcción de Europa, Democracia y Globalización*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, vol. I.
- Wattemberg, Martin. 2002. “The Decline of Party Mobilization”, en Russell J. Dalton y Martin Wattemberg (eds.), *Parties without Partisans*. Oxford: Oxford University Press.
- Webb, Paul. 2002. “Conclusion: Political Parties and Democratic Control in Advanced Industrial Democracies”, en Paul Webb, David Farrell e Ian Holliday (eds.), *Political Parties in Advanced Industrial Democracies*. Oxford: Oxford University Press.
- Williams, Rhys H. 2004. “The Cultural Context of Collective Action: Constrains, Opportunities and the Symbolic Life of Social Movements”, en David A. Snow, Sarah A. Soule y Hanspeter Kriesi (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements*. Ma., Blackwell.

Presentado para evaluación: 7 de mayo de 2012

Aceptado para su publicación: 18 de septiembre de 2013

PABLO OÑATE, Universidad Carlos III de Madrid

pablo.onate@uc3m.es

Catedrático de Ciencia Política y de la Administración en la Universidad Carlos III de Madrid. Es autor de un buen número de libros, capítulos y artículos de revista sobre comportamiento político, partidos políticos, parlamentos, representación y élites parlamentarias y política española.